

861

V

PA6641

.J6

J8



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 FONDO RICARDO COVARRUBIAS

A la intelectualidad uruguaya, fraternalmente,

VILLAESPESA.

Madrid, 7 de Julio de 1911.

JULIO HERRERA REISSIG

Conferecia pronunciada por
F. Villaspesa, en la Unión Ibe-
ro-Americana, de Madrid, la
tarde del 7 de Julio de 1910.

En plena juventud heroica, después de haber extenuado de amor á las Musas entre sus brazos insaciables, y cuando ya la Gloria, con las alas abiertas como una Victoria siracusana, atraída por la fama imperial y soberbia de este nuevo y magnífico Salomón de la rima, se dirigía á su tienda, á la manera de una Belkis fabulosa, roja de púrpuras y deslumbrante de gemas, acaba de morir en Montevideo — vasta ciudad del Futuro — un alto poeta signado augustamente por la máxima sangre latina. El ávido buceador del misterio, el alma

extática y visionaria que de la diestra firme y familiar del Dante, descendió tantas veces á las aguas negras y fatales de lo Desconocido, para surgir como una quimérica divinidad marina, con las manos colmadas de perlas y los cabellos desbordantes de corales y de algas, se ha hundido para siempre en la profundidad infinita de los mares, en la fascinación del Océano que tanto le atraía.

De todos los poetas definitivos de la América, Julio Herrera Reissig era el menos conocido, no sólo en España, sino en su propio continente.

Su orgullo olímpico de divino artista, que, como Pisanello, sabía esculpir en el más puro bronce la más soberbia flor de vida y la más santa flor de muerte, le alejó de toda degradante convivencia literaria, y su altivez legendaria, hecha de medula de leones y de héroes, jamás se profanó mendigando elogios y consagraciones de los pontífices de la crítica oficial.

Vivió solitario, indemne de toda decadencia, fiero é inmutable como un busto cesáreo, grabado prodigiosamente para la eternidad de los días y la admiración de las gentes en la materia más imperecedera.

Y, sin embargo, no conozco otro poeta más apto para conquistar altas metas, para arrastrar tras el gesto victorioso de su arte imperial, el entusiasmo frenético de las multitudes clamorosas, ávidas de ideales, para dominar la cumbre que en su mármol eterno encierra el más precioso ensueño del alma latina.

Este poeta, cuya estirpe es sagrada, como la de Tibulo, la de Marcial y la de Ovidio, debió estremecerse en sus venas más ocultas é inclinar el alma férvida y pura ante el milagro de su propia poesía.

El, cuya imaginación tuvo la pompa fastuosa de los mitos de Oriente, y cuyo espíritu fué claro y ligero como aquel Iliso que los helenos armoniosos divinizaran, vistió al fantasma con la plata, con el ama-

ranto, con el oro y con la púrpura, y veló el rostro inaudito con la sombra melodiosa de los cielos.

Como los padres de la Hólada, sintió en las anchas venas homéricas el sonoro latir de la fábula, y con su maravillosa virtud creadora pudo expresar, no sólo el símbolo de las cosas, sino su llama interna é inextinguible.

Con su viva aspiración constante y desmesurada hacia las plenas armonías, con sus pródigas manos difundidoras de la luz y de las sombras, con su rítmica inteligencia engendradora de las más fúlgidas alegorías y de los más plásticos simulacros, extrajo del Universo la verdad absoluta, la verdad más pura de la poesía, aquella cuyo conocimiento es la más suprema victoria de la vida.

El poeta, antes de la hora trágica de la muerte, pudo ver propagarse en los cielos el resplandor insólito de su propia llama; pudo aspirar en los aires, cargados como

navíos desbordantes, la embriaguez de todos los perfumes de la tierra; pudo escuchar la música salvaje y sobrehumana de la piedra y contemplar la sombra del Dios inclinado sobre su alma pensativa, y pudo sentir el canto de su corazón vibrando con el gran corazón del mundo.

Ninguno ha poseído modernamente una noción más pura é integral del Arte, ni nadie dejará tras de sí huellas más perdurables.

Su poesía vencerá al tiempo y al Olvido, sagrada y blanca, como una Palas Athenea en la cima de oro de la Acrópolis.

Cinceló sus estatuas para la eternidad, y al acabarlas, extático ante ellas, pudo también repetir, ardiente de fervor y llameante de gloria, golpeándolas con su martillo creador, la frase inmortal del titán del Renacimiento, de aquel bárbaro y formidable Miguel Angel:

—¡Parla!

Cuando de tantos versificadores español-

les é hispano-americanos no quede más que el recuerdo vacuo y borroso de las Antologías, los espíritus de elección seguirán aún comulgando en estos bellos cálices de oro que Herrera Reissig buriló, con la misma voluptuosa y sabia virtuosidad con que los escultores griegos modelaban, sobre los senos de las vírgenes, los vasos sacros para las libaciones rituales.

A pesar de lo extraño y complejo de su técnica, no conozco otro poeta más dulce y claramente sincero, y para mí la sinceridad es algo así como el corazón del Arte. Su poesía es toda la medula y la carne de su alma; á su contacto sentiréis el cálido y armonioso palpitar de la sangre; y si compleja y extraña fué su técnica, cúlpese al medio, extenuador de sus heroicos ensueños, y á la imperfección del instrumento aún incapaz de traducir en toda su profusa y heterogénea variedad las nuevas y complicadas músicas interiores.

Si los verdaderos poetas pudiesen ase-

mejarse entre sí — pues lo que parece á veces homogeneidad de matices no es más que impotencia visual del espectador —, yo os diría que con este maravilloso poeta muerto tienen algunos puntos de contacto dos singulares espíritus, selectos entre los selectos, admirados por todos los que aún sienten el divino y trepidante fervor de la Belleza. Me refiero á Juan R. Jiménez, el más sutil de los poetas españoles, y á Guillermo Valencia, el más hidalgo y castellanamente aristocrático de los poetas americanos. Julio Herrera poseía hasta la fiebre la exquisita, mórbida y penetrante sensibilidad del autor de *Arias Tristes* y *Jardines lejanos*, y esa suprema distinción señorial, blasón de raza, que empenacha heráldicamente la labor bizarra del prócer creador de *Ritos*; pero sin degenerar nunca en la monótona y lenta salmodia sentimental, en la que decae, á veces, por exceso de soledad y de egolatría, el extático poeta andaluz, ni en la seca rigidez intelectual, hija

bastarda de ciertas y corrosivas influencias nietzscheanas, que de cuando en cuando entorpece ó inmoviliza el ágil ritmo y la sonora fuerza del supremo exaltador colombiano.

Herrera Reissig amaba el fausto sonoro, purpúreo, magnífico y expresivo, no el fausto bizantino y deslumbrante que tanto adora la pupila etiópica de Rubén Darío, ni las sonoridades ensordecedoras y gárrulas á que tan aficionados son los oídos plebeyos y bereberes de Salvador Rueda, sino aquel fausto y aquella sonoridad que sintetizan la fuerte belleza de la oda pindárica, la gracia plena y armoniosa de la línea latina, y el misterio suntuoso y acerbo del ensueño semita. ¡No en vano el alma de este gran poeta—gracia, fuerza y videncia—, era la más pura y soberbia resultante de las tres gloriosas corrientes étnicas, que al fundirse en los crisoles de estas tierras de sol y de armonía, plasmaron el más duro y sonoro bronce de la raza, destinado por la Na-

turalidad á moldear las más bellas y victoriosas estatuas del Futuro!

Solo, como un noble señor infanzón, en su simbólica «Torre de los Panoramas», huraño á la vulgar hostilidad del medio, labró sus versos y esculpió su vida, lejos de lo que él llamaba la Santísima Trinidad literaria: El Egoísmo, la Envidia y la Hipocresía.

Algunos de esos pobres cerebros de proselitismo y de inferioridad, "acusarán" de salvaje y de inhumana esta ceñuda soledad del poeta, repitiendo de nuevo el estribillo, tan conocido y tan miserable, de que á su poesía le falta el calor de entraña de la raza porque no se ha ensordecido en los tumultos del Foro ni ha quemado su púrpura en el polvo de los caminos.

Esos seres que componen eternamente la multitud bestial y ululante que aclamó á César bajo las águilas del Capitolio, y que más tarde, con sus manos sangrantes é inconscientes, prontas siempre para la acla-

mación y el asesinato, manchó la augusta toga imperial, leen á los falsos profetas, á los pseudo-videntes, los únicos que están al alcance de su mentalidad deprimida, y como en éstos la poesía, la única verdad divina, no es sino una modalidad superficial y vana, maldicen al poeta verdadero porque en sus cantos no resuena el rugir famélico del monstruo, el vasto clamor oceánico de las muchedumbres.

El poeta, como un Dios, no vive dentro del límite del tiempo. Como en Delfos, él dirá la palabra que sonará armoniosamente en la gracia melódica de los templos, y, como Apolo, desde la colina más alta del Atica, señalará el vértice futuro. Los hebreos de estirpe de luz, los hebreos de profunda esencia profética, los árabes de sangre divinizada por el sol, los indios de alma llameante, lo han dicho en sus sabias lenguas madres: Ser poeta es ser vidente.

Las multitudes han de inclinarse ante el poeta, ante el hombre representativo, que

ha de darles el pan del espíritu y que ha de encender en sus corazones la lámpara inextinguible que les alumbrará el camino del porvenir. Su mano es la única que sabe hacer brotar el agua en las arideces del desierto, y su palabra, como la de Jesús, es la sola que puede realizar el milagro del pan y de los peces.

Al poeta le basta, para ser humano, sentir en su alma la ansiosa y profunda palpación de la raza y abrir á los hombres la bárbara selva del futuro. Julio Herrera Reissig lo entendió así, y, desbordante de ardiente vitalidad gloriosa, la prodigó á manos llenas en sus amplias estrofas; y con arte sutil y maravilloso supo hacer de su alma como el mágico espejo de Afrodita, en el que se reflejaba todo el azul melodioso de sus ojos y toda la gracia infinita de los cielos, de la tierra y de los mares.

Generoso sembrador de ideales, cumplió su destino, llenando los surcos de gérmenes sagrados. ¿Qué importaba que la tierra

no estuviese en condiciones de recibirlos? Las aves de los cielos descenderían en un cándido y místico revuelo de estrofas aladas, y, recogidos en sus picos, les harían fructificar en lejanas tierras de fulgor; pues nada se extingue ni se pierde en las siembras inmortales.

Yo quisiera representar, á la manera de aquel Giorgione que animó la vida luminosa y ambigua de las antiguas divinidades, la imagen sugestiva de este poeta, íntimamente taciturno y trágico, como todos los que viven, atentos y desvanecidos, en el claro-oscuro del umbral del misterio. Os representaría, fanática y cruelmente, un alma y un cuerpo en carne viva, circundados de llamas, como en el Purgatorio de un retablo primitivo. Sólo imaginándole de este modo angustioso de martirio y de sobrehumana tortura, podrías comprender la sensibilidad profundamente dolorosa del poeta.

Julio Herrera Reissig vivió del dolor y

del dolor murió santamente, con el uncioso recogimiento del que sabe todas las vanidades de la vida y tiene conciencia plena y fe entrañable en el milagro del Más Allá.

Como Baudelaire, como Verlaine, como Albert Samain, las más fragantes hojas del laurel de Francia, Julio Herrera señala un alto vértice en nuestras letras, abre al infinito las puertas áureas de la fantasía, y con los más puros mármoles y los bronce más sonoros levanta, al nuevo sol, el templo del Futuro.

La historia de este excelso poeta va unida á la de las nuevas y poderosas corrientes literarias que Gutiérrez Nájera, Julián del Casal y José Asunción Silva iniciaron en América, y, que luego sintetizó definitivamente Rubén Darío en sus *Prosas profanas*; tendencias que ya habían florecido pródigamente en España con aquella gloriosa falange de poetas que se llamaron Rosalía de Castro, Amós Escalante, Manuel Reina, Alfredo Vicenti y Ricardo Gil, y que

acaso tuvieron su raíz prematura, pero profunda, en la poesía sutil y personalísima de Gustavo Adolfo Becquer.

En América se propagaron con inusitada rapidez, libres de toda trata convencional; pero la misma feracidad virgen del suelo propicio, les hizo desarrollarse en una vegetación viciosa á fuerza de ser lozana. En España, por el contrario, teniendo que luchar con las imposiciones tradicionales, contra perjuicios consagrados por las centurias como dogmas infalibles, se propagaron más lentamente; pero efecto quizás de esta lentitud y de estos obstáculos, se purificaron, acendrándose, y arraigaron más profunda é intensamente. Mas allá y aquí resuenan hoy confundidos en un mismo clamor de admiración los nombres gloriosos de los vencedores: Valle Inclán, Benavente, Juan R. Jiménez, Valencia, Lugones, Amado Nervo, Pichardo, Urbina, Vargas Vila, Gómez Carrillo, Blanco-Fombona, Marquina, Jaimes Freire, Baroja, Unamu-

no, Dominici, Díaz Rodríguez, Chocano, y tantos otros como son prez y orgullo de veinte pueblos libres, pero unidos por el lazo común de la sangre y del idioma.

Julio Herrera Reissig, con esa proteica mentalidad, la más fervorosa concreción de nuestra raza en América, que se llama José Enrique Rodó, y con ese otro fuerte y luminoso intelecto, austero y armónico como un discípulo de Platón, Víctor Pérez Petit, representó en las paradisíacas riberas orientales del Plata, el triunfo de las nuevas orientaciones que, como reacción lógica contra el prosaísmo y vulgaridad ambientes, infiltraron en nuestras letras, anquilosadas en el quietismo de una retórica fósil, la fuerza renovadora y fecunda de la más suprema de las libertades: la libertad del pensamiento, en su fórmula más noble y bella: la de la expresión.

Es cierto que en la confusión caótica é incosciente de la lucha, aquel movimiento degeneró á veces en la más desenfrenada

anarquía; pero no es justo inculpar á los nuevos Cruzados de los excesos de sus legionarios ebrios de juventud y de fuerza.

Y en medio de aquellas hordas clamorosas y desgrefñadas de poetas, de nuevos bárbaros que armados de hachas y de lanzas penetraban, al asalto, en las amuralladas ciudades seculares, derribando antiguos ídolos y mutilando estatuas muertas en el frío silencio de las Academias y de los Museos, la personalidad de Julio Herrera adquiere, en plena adolescencia, un formidable relieve épico: tal una cicóplea estatua ecuestre de Alejandro, en los últimos límites de la Europa, señalando con el gesto imperioso de su espada, á los nuevos guerreros del ideal, la pompa fabulosa y los tesoros deslumbrantes del Asia. Nobleza obliga. No estérilmente el poeta era la flor superba de cien gloriosas generaciones heroicas. En Julio Herrera Reissig las nuevas orientaciones no fueron un superficial alarde de originalidad aparente ni un fugitivo

deslumbramiento de civilizaciones improvisadas, sino que nacieron de las más recónditas y profundas entrañas de la raza: hijas de una sucular acumulación de ágiles fuerzas interiores. ¡Eran muy bastas sus alas para entumecerse en los recintos apollillados de la retórica! ¡Y era muy bello el infinito, para perderse en la gloria del sol, bajo la libertad sonora del viento!

El había disciplinado su voluntad, acomodando su arte y su vida á las más nobles líneas de la serenidad y de la armonía; y en medio del tumulto, entre el horrisono estruendo de las plebes ululantes, él supo conservar el gesto austero, la gracia rítmica del laticlavio y en las manos la amarga y áspera fragancia del laurel.

Fué un creador de imágenes. Y sus imágenes eran cabalgatas de centauros, de quimeras, de cosas bellas y vivas, de formas milagrosas, y de todos los leones y las águilas rampantes de una celeste heráldica de Ensueño. Bajo-relieves imperecederos

que reclamaban los frisos de un nuevo Partenon.

El poeta se daba todo á su arte, y con la voracidad insaciable de la más imperiosa y pagana juventud, mordía en la vida como en la pulpa sangrante y jugosa de un granado, hasta embriagarse con su esencia más profunda.

Nadie como Herrera Reissig pudo esculpir al frente de sus libros, como en una lápida conmemorativa, las divinas palabras del Nazareno en la última cena, ante la sangre del vino y la carne de los panes ácimos:

— ¡Bebed, esta es mi sangre!...

— ¡Comed, este es mi cuerpo!...

El poeta ha sufrido impasible, con estoica serenidad de visionario, las agudas mordeduras de la envidia, pálida mendiga de laureles; mas como aquel peregrino de la leyenda oriental, absorto en su sueño, prosiguió su ruta hacia Damasco, sin escuchar los ladridos y sin sentir las dentelladas de los perros famélicos, que, erizados los lo-

mos y rechinantes los dientes, le interceptaban el camino. Con los ojos y el pensamiento vivos sólo para la contemplación de su meta ideal, atravesó su calvario, silencioso y altivo, con el silencio religioso de quien oye la música pitagórica de los astros y la altivez sobrehumana del que contempla sus destinos rotos; pues si es bello vencer en la vida arrebatándole su presa heroica, es aún más bello morir como un Dios aplastado por la ciega brutalidad del acaso.

En sus suntuosos *Sonetos al Asia*, revive mágicamente la pompa hechizada, lujuriente de fulgor, de sangre, de voluptuosidad y de muerte, de que están impregnadas las selvas madres de la India. Diríase un nuevo Dionisos que atraviesa triunfalmente la tierra, centelleantes las leonadas pieles, ambigua y cruelmente bello, en su carro de oro arrastrado por panteras, entre el ¡evohé! desgarrador y epiléptico de las bacantes desnudas, y el pindárico fragor de las montañas estremecidas.

De nuevo la siringa panida ha sonado, convocando ninfas y sátiros á las guirnal-das del amor y de la danza, en la gracia inocente y primitiva de sus Eglogas; y el viejo roble de Ennio ha reverdecido para dar á la rima íntegra y melodiosa de los cuerpos, fresca y grave sombra, en sus olo-rosas Pastorales.

Pero no es sólo un evocador, un arcaico reflejo de civilizaciones pasadas y paisajes inverosímiles; es un animador. Los voca-blos, las palabras, las rimas, las imágenes, todo adquiere un significativo valor vital y único en la obra de este nuevo Deucalión, capaz de despertar á la piedra á la vida lau-da y á la animación inaudita. Y es porque en toda su labor palpita un alma vasta, ci-clópea, vivificadora, y á veces terrible y fa-talmente cruel como en el mito de Perse-fone.

Su muerte ha sido trágica, imprevista y fatal como la de un héroe; y una juventud gloriosa ha seguido su féretro con el mis-

mo dolor soberbio y mudo con que los jó-venes atenienses siguieron el cadáver de Alcibiades.

El gran Zorrilla de San Martín, Frugoni Falco, César Miranda, Pérez y Curis, Del-mira Agustini, Aurelio del Hebrón, Ovi-dio Fernández Ríos, Minelli, todos —glorio-sas realidades de hoy y fúlgidas esperanzas del mañana— sabrán tejer con las más pu-ras é inmarcesibles flores de su genio, una corona digna de las sienes imperiales de este nuevo y magnífico Salomón de la rima, á quien tanto le debe la admiración de su patria.

Victor Pérez Petit escribía al día siguien-te de la tragedia estas nobles palabras de dolor:

«Dentro de algunos años, cuando relea-mos sus obras, nos extrañaremos que aquel muchacho grande, desequilibrado y enfer-mizo, tuviese tanto genio. Entonces, acaso, experimentemos un remordimiento y una vergüenza.» Y César Miranda, otro poeta,

esculpió sobre el mármol de su lápida estas frases que tienen la concisa y conmovedora grandeza de un epitafio griego:

«Vivió en la Belleza, murió en la Gloria y renace en la Inmortalidad.»

Imperecedero será su recuerdo en la ubérrima tierra de América y en el viejo solar de España, porque españoles y americanos, unidos por los vínculos indisolubles de la lengua y de la sangre, sentiremos eternamente la sugestión fascinante de su poesía revelatriz.

Hace poco me escribía el poeta, y copio estos fragmentos de su admirable carta, porque acaso en ellos se trasluzca lo más fuerte y puro de su espíritu, y puedan darnos una idea, aunque vaga, de su compleción moral:

«Soy franco como un salvaje. Mi severidad en cuestiones estéticas no tiene límites.

Es impertinente, soberbia, casi pedantesca. No conozco las condescendencias en arte. Las transacciones, las medias tintas,

me repugnan. Será por esto por lo que no me quieren mis colegas y jamás me consultan... Aunque, á decir verdad, me admiran y respetan como á bárbaro antiguo pertrechado de mazas.»

El poeta sentía, á pesar de las mordeduras insidiosas de que aquí había sido víctima su arte, la irresistible atracción de la raza, y continuaba:

«Tengo fiebre por pisar esa tierra ennoblecida por la sangre heroica de mis abuelos, de soñar como un califa á la sombra de las palmeras de Córdoba, de los mirtos de Granada y de los naranjos de Sevilla... Y, ¿por qué no decirlo?, esa es la verdadera patria de mi espíritu.»

El poeta se ha ido; se ha ido á otra tierra más grata á sus quimeras; pero su alma, plena, augusta y apolínea, quedará eternamente, vivificando con sus anchas é inexhaustas venas griegas, el mármol sagrado de su Necrópolis en la cima más alta de Ensueño.

¡Vosotros, hombres encanecidos en el esfuerzo constante y en la fatiga ineludible de las luchas públicas ó en el silencio lleno de promesas de los laboratorios y de los estudios, donde fermenta el porvenir, cuando os sintáis exhaustos y atormentados de súbitas nostalgias, inclinaros, como peregrinos sedientos, á refrescar vuestros labios en el sereno manantial de este poeta, que brota, como las fuentes clásicas, entre la hendidura de dos rocas, á la sombra virgiana de los rosales y de los mirtos florecidos, y en su corriente encontraréis, no solamente el agua fresca que calma toda la sed del espíritu, sino también aquella otra santa y milagrosa que purifica y nos consuela!... No olvidar que la ciencia sin la poesía sería como un ciego sin lazarillo, como la sombra trágica de Edipo sin la mano consoladora y dirigente de Antígona.

Y vosotros, jóvenes de almas pensativas y atentas, que en los umbrales del misterio, como en los antiguos juegos paganos,

estáis prontos y ávidos de encender vuestra antorcha, acercáos al fuego sagrado de este espíritu de poeta que arde perennemente, como la llama de un viejo y santo lar, custodiada por las eternas vestales de la Gloria. Templad vuestros hierros en el hierro de su máxima voluntad; aprended de su vida el noble, puro y glorioso orgullo, y si sucumbís jóvenes, aún en los labios todas las mieles y fragancias de la vida y en las manos crispadas las curvas palpitantes y sangrientas de la presa que se escapa, aprended de él también á morir, flúida é impetuosamente, como el caudal de un río cuyas ondas reflejaron el milagro de los cielos, arrastrando en la epopeya de sus cantos las más armónicas y augurales voces de la inmortalidad!

Dos palabras sólo para terminar. Entre los concurrentes á este acto, honrándole con su presencia, se encuentra el ilustre ministro de Relaciones Exteriores de la República del Uruguay, Excmo. Sr. D. Antonio

Bachini, á quien tengo el honor de dirigirme, no sólo para testimoniarme mi más profundo agradecimiento, sino también para hacerle una súplica:

«Señor, si el poeta viviese, yo os diría:

Enviádnoslo al viejo solar de España, como soberbio embajador del arte, para que ciñamos sus sienes, sangrientas como las de Cristo por las espinas de todos los dolores, con las más frescas y fragantes rosas de nuestros cármes. Ya que el poeta ha muerto, sólo me resta suplicaros que, cuando regreséis á Montevideo, la vasta ciudad del Futuro, que Herrera Reissig ha llenado de orgullo con la gloria de su nombre, coloquéis sobre su tumba, en nombre de un hermano de su corazón y de su alma y en el de toda la mentalidad española, una noble y perenne rama de laurel.»

POESÍAS DE JULIO HERRERA REISSIG

I

LOS ÉXTASIS DE LA MONTAÑA